

Andrea Pagni
Universität Rostock

**Traducción del espacio y espacios de la traducción:
Les Jardins de Jacques Delille en la versión de
Andrés Bello**

1. Traducción y construcción de identidades en la situación poscolonial hispanoamericana

En su libro *Routes. Travel and Translation* (1997) James Clifford, jugando con la homofonía angloamericana de *routes/roots*, observa que los espacios culturales –las identidades en general– a fines del siglo XX ya no se piensan en término de *roots*, de raíces, de pertenencia a un lugar definido, sino en término de *routes*, de itinerarios, desplazamientos, cruces y pasajes, de pertenencias simultáneas a ámbitos diversos. Clifford está pensando sobre todo la circunstancia poscolonial de nuestro tiempo, y si lo tomo aquí como punto de partida, es porque la idea de desplazamiento espacial (*travel*) y cultural (*translation*) me lleva a reflexionar acerca de la traducción, no sólo en el sentido amplio en el que Clifford utiliza el término *translation*, sino en el sentido de traducción de una lengua a otra lengua, y de traducción literaria como parte de ese proceso de desplazamiento cultural y pertenencias simultáneas a ámbitos diversos en el caso de América hispana.

Aquí la situación colonial promovió desde el siglo XVI la pertenencia simultánea a ámbitos culturales diferentes y jerarquizados, y el desplazamiento cultural asimétrico desde la metrópolis que se concebía como productora de los originales de la cultura, a la colonia, donde sobre todo en los centros urbanos se promovía la recepción e imitación de los modelos metropolitanos. También los proyectos poscoloniales letrados de construcción de las naciones en el siglo XIX recurrieron a modelos europeos, aunque ahora en un espectro más amplio y con mayor movilidad, y provocaron desplazamientos culturales. Desde los inicios de la independencia y en la medida en que España dejaba de ejercer el control sobre lo que se leía y escribía en las ciuda-

des americanas, la traducción de textos se convirtió en una de las modalidades claves de recepción, translación y transformación de cultura europea, sobre todo francesa e inglesa, en América hispana.

Los letrados del siglo XIX se orientaron hacia espacios lingüísticos y culturales europeos no españoles. Viajaban a Francia (Esteban Echeverría), a Inglaterra (Andrés Bello), a Italia (Juan B. Alberdi), a Alemania (Domingo F. Sarmiento) en busca de modelos políticos, económicos, jurídicos, pedagógicos que pudieran transferirse a América de tal modo que en la transferencia y adecuación fuera elaborándose el perfil identitario nacional y subcontinental. Visto desde esta perspectiva, la idea era que las identidades fueran surgiendo a partir de procesos de traducción. Preguntar, entonces, por los modos de traducción, partiendo de la práctica concreta, puede ser una vía fructífera de acercamiento al tema de la construcción de identidades en Hispanoamérica en la situación poscolonial del siglo XIX.

La específica labor de traducción de textos, sobre todo del francés y en menor medida del inglés, fue entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX particularmente intensa (Spell 1969), y su importancia no se limita a la apropiación y adecuación de ideas, sino que tiene que ver también con la reconfiguración de una lengua que difiriera de la española de los colonizadores. Si una lengua supone una visión del mundo, una *Weltanschauung*, la lengua colonizadora, que ya se había ido transformando en el uso colonial, sigue transformándose en la etapa poscolonial de construcción de las naciones hispanoamericanas. La incidencia de la traducción de textos europeos por parte de letrados hispanoamericanos en este proceso de reconfiguración lingüística es un aspecto insoslayable de este proceso.

El hecho de que la intensa actividad de traducción desplegada en América desde finales del siglo XVIII no haya sido un objeto privilegiado de estudio por parte de la crítica literaria salvo escasas excepciones, seguramente tiene que ver con el estatuto subordinado de la traducción frente a los 'originales', en los que se ha concentrado tradicionalmente la investigación repitiendo un esquema característico de jerarquización cultural de dos actividades que no están tan tajantemente separadas como esa jerarquización hacía suponer. Hoy sabemos que toda escritura es una reescritura, y en ese sentido también una traducción de otros textos. Se trataría de incorporar, a través de los estudios

sobre traducción este saber de una manera más explícita a los estudios literarios y culturales.

En América Latina, la reflexión sobre los procesos de traducción cultural en un sentido amplio fue consolidándose en diversos modelos explicativos. El más conocido, es sin duda el de *transculturación*, elaborado por Fernando Ortiz (1940) y adoptado, adaptado, por Ángel Rama (1982), que subraya el momento activo y transformador en la recepción de modelos culturales, y la bidireccionalidad de los desplazamientos culturales también en la situación colonial (Pratt 1992).¹

Para el análisis de estas transferencias culturales es también útil la concepción de *ideas fuera de lugar*, acuñada por Roberto Schwarz (1973): El nuevo contexto provoca inevitablemente una transformación del modelo, produce un desvío del original, que no puede ser leído simplemente como un error o, en el mejor de los casos, como un atentado a la autoridad del centro.

En el marco de la descripción de procesos bidireccionales de transculturación en la situación colonial, la idea de *zonas de contacto* elaborada por Mary Louise Pratt a partir del concepto de „lenguas de contacto“ resulta igualmente muy útil.² Pratt localiza las zonas de contacto sobre todo en la periferia, en los bordes del imperio colonial, porque las ve como el escenario privilegiado del encuentro cultural en la situación colonial. En rigor, esos encuentros no tienen lugar solamente en la periferia, también ocurren en el centro, en las metrópolis –baste pensar en la actividad desplegada por Andrés Bello en Londres–.

La bidireccionalidad de la traducción cultural en la situación colonial y poscolonial a la que refiere Pratt el concepto de “transculturación” no supone ni mucho menos un equilibrio de fuerzas. Los aportes

¹ Esa misma bidireccionalidad que Pratt observa por ejemplo en el caso del romanticismo europeo, cuyos autores –Chateaubriand, Byron– reelaboraron materiales culturales provenientes de los márgenes coloniales, la observa Said (1993) en el surgimiento de la novela europea moderna en el siglo XIX en relación con la práctica colonial anglofrancesa. Y lo mismo puede decirse en relación con el primitivismo de las vanguardias europeas en los años veinte del siglo pasado (Albers/Pagni/Winter 2002).

² “Zona de contacto” designa la co-presencia espaciotemporal de sujetos que hasta el momento de encontrarse en la situación colonial habían estado geográficamente e históricamente separados entre sí, y cuyos itinerarios se cruzan en dicha situación y sobre la base de una desigualdad radical y de conflictos insolubles (Pratt 1992: 6-7).

que se han venido haciendo en los últimos años desde una perspectiva poscolonialista a los *translation studies*³ se concentran en los procesos de traducción a las culturas centrales, y se ocupan de deconstruir la posición discursiva dominante del traductor. Menos frecuente es el análisis de procesos de traducción de modelos culturales centrales por parte de la periferia. En el caso de América latina –pienso aquí sobre todo en la época de Bello en Londres– traducir de Europa era, en el sentido que le da a estos términos Michel de Certeau (1980), menos una “estrategia” que una “táctica”, en la medida en que los letrados hispanoamericanos carecían de una posición claramente definida y reconocida por la autoridad europea para negociar. Los americanos que llegaban a París, por ejemplo, no eran considerados en París o en Londres como representantes de culturas legitimadas que tuvieran –más allá de determinados productos naturales– también algo que ofrecer a Europa en un proceso de intercambio cultural. No había en América una *Grande Nation*, desde donde enunciar con autoridad reconocida. Traducir era, en la perspectiva misma de los letrados viajeros de la primera mitad del siglo XIX, parte fundamental del proceso de construcción de identidades culturales nacionales y, por lo menos en los primeros años, también de una identidad subcontinental.⁴

³ Estos estudios (Niranjana 1992; Dingwaney/Maier 1995; Bachmann-Medick 1997; Bassnett/Trivedi 1999) ponen el acento en las modalidades de representación de la alteridad a través de la traducción y en el posicionamiento de la actividad traductora sobre el trasfondo colonial.

⁴ Las jerarquías de centro y periferia, que ejercieron una influencia tan importante sobre las relaciones interculturales durante la colonia y a lo largo de los siglos XIX y XX, se han venido transformando en la segunda mitad del siglo XX. En el mundo actual de la globalización y las migraciones desde el que nosotros leemos y analizamos fenómenos interculturales como las traducciones de Andrés Bello, esas jerarquías no han perdido su vigencia, aunque la relación entre culturas periféricas y centrales registre importantes transformaciones. Seguramente las teorías poscoloniales pueden ofrecer un marco teórico útil para una reconsideración actualizada de las relaciones de traducción –en el sentido amplio de traducción cultural y en el sentido estricto de traducción literaria– en situaciones coloniales y contextos poscoloniales. Sin embargo habría que acompañar esa reflexión con una consideración de las relaciones económicas generadas en el marco mismo de la globalización (Pagni 2001: 101-102).

2. Londres 1810-1829, zona de contacto

Sobre los años de Andrés Bello en Londres existe una abundante bibliografía.⁵ Es sabido que residió allí desde 1810 hasta 1829, y que es en Londres donde escribió, en el curso de los años veinte, la “Alocución a la poesía” y la “Silva a la agricultura de la zona tórrida”. De esa misma época datan también las dos revistas que editó conjuntamente con García del Río, la *Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826/27), donde además de la “Alocución” y la “Silva” publicó una serie de traducciones – de Humboldt, de escritos científicos ingleses y sobre todo franceses, y de poesía francesa.

Quiero recuperar aquí una imagen: Andrés Bello en el gabinete de lectura del Museo Británico. Aunque el British Museum no era en los años veinte lo que llegaría a ser durante el apogeo imperial, las salas dedicadas a regiones exóticas, los animales embalsamados, las colecciones arqueológicas y de historia natural ya existían (Miller 1973; Fox 1992: 18), y la biblioteca, en ese centro de lo que se estaba configurando como el archivo imperial (Richards 1993), era una de las más ricas de Europa.⁶ Buena parte de la *Biblioteca Americana* y del *Repertorio Americano* deben haber tenido su origen en ese gabinete de lectura, en el que Bello leía, seleccionaba, traducía – lo imagino como ese cazador furtivo al acecho del que habla de Certeau, lo imagino escabulléndose con su presa bajo el brazo cada noche.

Pero volvamos al viaje. Todos nosotros hemos hecho la experiencia: Los viajes, sobre todo si implican largas residencias en ámbitos culturales ajenos, provocan ajustes en la imagen previa que nos habíamos hecho de la cultura que nos acoge y cambios en el modo de

⁵ Grases (1962) observa que el “tornaviaje” (65) de los viajeros que van en dirección contraria a Colón, de América a Europa a partir de 1810 implica una “alteración de la perspectiva en la visión del mundo” (96): “Como consecuencia de la contemplación de América desde Europa se unificaban los problemas americanos y se concatenaban entre sí con poderosa fuerza sintética” (97); véase también Castillo Didier (1996); *Bello y Londres. Segundo Congreso del Bicentenario* (1980).

⁶ El Museo Británico había abierto sus puertas al público el 15 de enero de 1757 en Montagu House. Cook le regala al museo el primer canguro; el museo se enriquece con donaciones de antigüedades egipcias, colecciones etnográficas, rocas volcánicas. A comienzos del siglo XIX el patrimonio se reorganiza temáticamente, abandonando el orden que respetaba las donaciones (Miller 1973).

ver lo propio.⁷ Un problema de los viajeros sudamericanos en Europa en los años inmediatamente posteriores a la independencia, fue justamente que esa Europa a la que llegaban no era la que esperaban encontrar, no era la Europa de la Revolución Francesa y los Derechos del Hombre, sino la de la Restauración monárquica y reaccionaria que se negaba a reconocer a los nuevos estados hispanoamericanos. Sobre todo entre 1820 y 1830 Londres fue, por eso mismo, en vista del avance de la restauración en España, en Francia y en Prusia, el refugio del liberalismo en Europa. Solamente Inglaterra ofrecía en los años veinte una alternativa aceptable, y fue, por eso mismo, refugio de emigrados españoles e italianos: Blanco White, Ugo Foscolo son los más conocidos. Londres tenía en 1820 más de un millón y medio de habitantes (Llorens 1979: 79). Los emigrados españoles –unas mil familias– se concentraron en Somers Town, el barrio donde también vivió Bello durante algunos años. Vicente Llorens, que estudió a fondo la emigración liberal española en Inglaterra entre 1823 y 1834, llega a la conclusión de que “las circunstancias históricas convirtieron a Londres, entre 1824 y 1829, en centro intelectual de España y aun de Hispanoamérica” (288). Con la Revolución de Julio en 1830, la situación va a cambiar y París vuelve a convertirse en centro ideológico para los americanos que viajaban a Europa en busca de apoyo para las nuevas repúblicas, y también para los emigrados españoles. Aunque 1830 es también el año en que Francia inicia, todavía antes de la Revolución de Julio, la conquista de Argelia que la revolución no interrumpe.

A raíz de la independencia hispanoamericana, surgieron a comienzos del siglo XIX en Francia e Inglaterra numerosas empresas editoriales

[...] que tenían puesta su mira en los recién liberados países americanos de habla española, donde sin cortapisas inquisitoriales ni otras limitaciones se abría un nuevo mercado de libros que a la España absolutista se le iba forzosamente de las manos. Son los años en que la revolución industrial repercute en el libro y la literatura. [...] entonces fue cuando la multitud de afrancesados [españoles] que vivían en Francia encontraron ocu-

⁷ “Pocos entonces como Bello conocen de primera mano las diferencias entre los dos mundos; se percata de que la cultura occidental no era un todo indivisible y siente la necesidad de establecer grados de discontinuidad con relación a Europa; discontinuidad que contribuiría, finalmente, a definir una identidad particular para el criollo” (Durán Luzio 1999: 74).

pación como traductores. Entre ellos llegó a ser expresión corriente la de 'traductor para América' (156).

Las traducciones eran sin embargo tan malas, que el diplomático chileno Mariano Egaña las consideró, "al parecer seriamente, una prueba más de la malquerencia de los españoles, que no contentos con crear dificultades políticas a los hispanoamericanos se obstinaban en estropearles su lengua" (157). Que los letrados hispanoamericanos en Europa se dedicaran también a traducir –pienso aquí también en Simón Rodríguez, en Fray Servando Teresa de Mier (Pagni 2001)– es sobre ese trasfondo, más que comprensible.

3. La Biblioteca Americana (1823) y El Repertorio Americano (1826/1827), dispositivos de traducción

Sabemos que Bello publicó en la primera sección de la *Biblioteca Americana*, "Humanidades y artes liberales", en los tomos I y II (1823) su "Alocución a la poesía" como fragmento de un poema inédito titulado "América". La "Alocución" abre por así decir la *Biblioteca Americana*, del mismo modo que "La agricultura de la zona tórrida" abre el *Repertorio Americano*. Bello la presenta, en el volumen inicial de octubre de 1826, como la primera de un conjunto mayor de "Silvas americanas".⁸ Hoy sabemos que las otras silvas no existían todavía, y que Bello nunca llegó a escribirlas. El tomo IV, de agosto de 1827, se inicia con el "Fragmento de una traducción del poema de los jardines de Delille" de Andrés Bello bajo la rúbrica: "Poesía inédita", calificativo que remite a la originalidad de la traducción, puesto que el poema de Delille en su versión francesa había sido impreso varias veces desde la primera edición de 1782.

¿Quién era Jacques Delille? ¿Por qué lo traduce Bello? ¿Por qué sitúa esa traducción en un sitio tan importante del *Repertorio*, dándole

⁸ En una nota al pie leemos: "A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la Biblioteca Americana bajo el título "América". El autor pensó refundirlas todas en un solo poema: convencido de la imposibilidad las publicará en su forma primitiva, con algunas correcciones i adiciones. En esta primera apénas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos" (*El Repertorio* I, 1: 7). El tomo II del *Repertorio* (enero 1827) se abre con un poema de José Joaquín de Olmedo: "En el nazimiento de su primogénito", el tomo III (abril 1827) con el "Canto a la independencia de Guatemala", de José Vicente García Granados –ambos bajo la rúbrica de "Poesía americana inédita"–.

un lugar privilegiado al incorporarlo a la serie que inicia la “Alocución” y que continúa y deja explícitamente abierta la “Silva”? Las respuestas de la crítica no resultan convincentes: Rodríguez Monegal le dedica a la traducción de Delille en su monografía *El otro Andrés Bello* (1969) solamente una página, y concluye que Bello “encuentra un modelo entonces respetado para la descripción nítida y precisa de la naturaleza europea”, que era “esencialmente diferente de la naturaleza americana que, contemporáneamente, describe con entera originalidad en las *Silvas*. En Delille se trata de una naturaleza domesticada (o pervertida) por el Arte. En vez de una selva virgen se trata de jardines” (108). Esta explicación opone con bastante ingenuidad traducción y naturaleza europea por un lado, y escritura original y naturaleza americana por el otro. Entretanto sabemos que también la “Silva” es producto de traducciones, entre otras, de Humboldt (Durán Luzio 1999), y por supuesto, que Bello no canta la selva virgen, sino la naturaleza de la zona tórrida transformada por el arte de la agricultura. Si su intención hubiese sido cantar la naturaleza intacta, no se habría interesado por Delille, sino más bien por los románticos ingleses, que dominaban la escena literaria en el Londres de aquellos años.

Los años de Bello en Londres son, efectivamente, los que marcan el triunfo de la segunda generación romántica inglesa de Wordsworth, Scott, Coleridge, Byron, Shelley, Keats (Rodríguez Monegal 1969: 41), de la pintura paisajística de Constable y Turner. La explicación de Rodríguez Monegal, que ve en esta traducción de Delille meramente un ejercicio de estilo, es insuficiente y no nos permite entender por qué Bello se interesó por este escritor francés de finales del *Ancien Régime*, hoy olvidado, pero en aquel momento famoso entre otras cosas como traductor de las *Geórgicas*, a quien, además, Bello menciona una y otra vez en diversos artículos de la *Biblioteca* y el *Repertorio*, y de quien tiene en su biblioteca chilena varias ediciones, incluso alguna posterior a su residencia londinense.⁹

⁹ El trabajo de Francine Dol sobre Bello traductor de poesía francesa (1978) ayuda poco a responder las preguntas vinculadas a la traducción de Delille, porque Dol se limita a describir aspectos formales sin ir más allá del detalle o cayendo en generalizaciones poco útiles. Véase también Paz Castillo (1981), según quien Delille “escribía acerca de la naturaleza con el alma fatigada por las miserias de la corte, en tanto que [Bello] la contemplaba directamente, rodeado por un paisaje hermoso” (CI).

4. Andrés Bello, autor de *Los Jardines*

¿Qué es lo que vincula los tres poemas que publica Bello en Londres en las revistas americanas, además de ese hecho mismo? En un primer acercamiento, podría decirse que los tres textos giran en torno a un imaginario espacial – la nueva residencia americana de la poesía, la zona tórrida y el jardín. La importancia del espacio –naturaleza, territorio, paisaje– para la construcción de una identidad o de identidades diferentes de la española y diferentes entre sí (la zona tórrida vs. la pampa o los llanos) en los comienzos del período poscolonial hispanoamericano es un dato conocido. Al no identificarse con una tradición histórica o cultural específica, al no poder diferenciarse de España o entre sí a través de la lengua, los proyectos de construcción de identidades nacionales hispanoamericanas se asientan en la conciencia de una territorialidad específica; el paisaje es un momento clave de ese proceso.

Los jardines que canta Jacques Delille son los llamados jardines ingleses, que a lo largo del siglo XVIII habían reemplazado, también en Francia, a los jardines versaillescos. La teoría del jardín inglés distingue entre la belleza de convención, que responde a la estética clasicista del jardín versaillesco, y la belleza pintoresca del jardín inglés, que se propone como natural y sin artificio, como si no respondiera a reglas. Consecuentemente se percibe una relación entre esta nueva estética del jardín inglés construido al modo del paisaje natural, y la representación literaria de la naturaleza, que abandona la alegoría y crea el género de la poesía descriptiva, uno de cuyos exponentes más exitosos es justamente Jacques Delille.

Las reflexiones de Raymond Williams en *The Country and the City* (1993) permiten entender por qué Bello se siente atraído justamente por la poesía de Delille. En la segunda mitad del siglo XVIII, observa Williams, domina en Inglaterra la sociedad rural a raíz de un doble movimiento: por un lado, un aumento de la superficie cultivada, por otro, una concentración de la propiedad en manos de una minoría a través de los *enclosure acts* parlamentarios, que producen una redistribución de la tierra. Los *landlords*, convertidos en grandes propietarios, compensan la reducción de la vida de la corte que tiene lugar con el advenimiento de la dinastía de los Hannover residiendo sobre todo en el campo (Bazin 1999). Este es el transfondo social de la creación

de los jardines ingleses, contruidos como reductos ‘naturales’ de los que se ha eliminado, ocultándolo, el trabajo rural que los hace posibles.¹⁰

La nueva clase terrateniente, entonces, dispone la naturaleza según su propio punto de vista. El invento del jardín inglés está basado en la confianza de que la naturaleza responda al diseño. Los nuevos observadores conscientes de sí mismos son al mismo tiempo los propietarios conscientes de su poder. Uno de los usos del campo, de la ‘naturaleza’ que se va perfilando en esta época, lo convierte en retiro y solaz respecto de la vida social y urbana.

Paralelamente, la transformación de las relaciones de propiedad de la tierra conduce, en esta misma época, en los comienzos de la Revolución Industrial, a la configuración de una determinada estructura de sentimiento, que se pone de manifiesto sobre todo en la poesía romántica: la nostalgia de una sociedad orgánica y natural perdida, la imagen de una democracia rural destruida fría y legalmente por el nuevo *enclosing order*.¹¹ Esta melancolía de la pérdida y la disolución típica de finales del siglo XVIII que encontramos por ejemplo en Wordsworth,¹² conduce al *tour to wild places* por parte de viajeros que estaban en condiciones de viajar justamente porque en sus propios países la ‘naturaleza’ no había sido dejada ‘en un estado original’. Los viajes pintorescos, los poemas topográficos, observa Williams (1993: 128) son también resultado de los beneficios de la agricultura y el comercio.

¹⁰ Los *landlords*, observa Williams (1993), entran en contacto, en el *Grand Tour*, con la pintura paisajista de Lorrain y Poussin, aprenden a mirar de otro modo el paisaje y ponen en práctica esa lección –también es este un proceso de traducción–.

¹¹ Williams (1993) analiza aquí los nuevos significados que adquieren determinadas palabras-clave en el pasaje de la sociedad rural a la sociedad industrial, de la ‘industria’ en el sentido antiguo del término a la ‘riqueza’, al nuevo orden de la apropiación del trabajo por el capital.

¹² El romanticismo inglés contribuyó a imaginar el British Empire como una totalidad coherente. El impulso hacia lo universal en Shelley, el proyecto de un saber total sobre el universo de Coleridge, la habilidad de las visiones omnicomprendivas de Blake; el sentido de un paisaje absolutamente controlado por parte de Wordsworth fueron continuados por la literatura victoriana del Empire. En ese sentido, el romanticismo constituyó un proyecto de organizar la totalidad de los saberes en un conjunto imperial (Richards 1993: 13).

Andrés Bello no explota esta vena; no le interesa presentar la naturaleza americana como el refugio intacto para los cansados de la civilización. Bello no puede adscribir a la imagen romántica europea de la Naturaleza, porque la naturaleza no es para él el espacio idílico idealmente intacto de huida y refugio, no es tampoco la naturaleza que en los jardines ingleses se ordena para producir un efecto de naturaleza intacta, sino que es un dato clave en el espacio utópico de la construcción de una sociedad nueva —es lo que hay que transformar mediante el trabajo en riqueza para la felicidad de las nuevas naciones—.

Versailles había sido una alegoría del poder de Luis XIV, un espacio teatral para la representación del poder, la naturaleza expresada en categorías de arquitectura. En la época en que Delille (1738-1813) escribe *Les jardins* (1782) en vísperas de la Revolución Francesa, también en Francia el jardín versaillesco, *jardin de l'intelligence*, había sido reemplazado por el jardín inglés. La teoría del jardín inglés llega a Francia hacia 1750, y a partir de 1763 se construyen en Francia los primeros jardines ingleses: el Petit Trianon, regalo de Luis XVI a María Antonieta, Monceau, Raincy, todos estos jardines que Delille describe en su poema.

La realización de este tipo de jardines en Francia obedece, por cierto, a circunstancias y causas diferentes que en Inglaterra y consiste por lo tanto en una traducción a un contexto social y cultural diferente del inglés. En Francia, los jardines que se apartan de la versión oficial y pública de la representación versaillesca son expresión del deseo de evasión de la aristocracia respecto de las exigencias y el control que impone la vida cortesana, o sea que obedecen a un impulso opuesto al que les había dado origen en Inglaterra. La aristocracia francesa asume así lo que será un rasgo de la burguesía: la concepción de la naturaleza como contraparte del mundo corrupto de la corte. El jardín inglés en su realización francesa responde al gesto aristocrático de finales del *Ancien Régime*, que concibe el mundo con todas sus variaciones como propio, lo reduce a miniatura, lo rodea de un cerco y se encierra en él. El *hortus conclusus* es a fines del siglo XVIII en Francia un símbolo del escapismo social, la configuración literaria de una nostalgia aristocrática que íntimamente sabe de la imposibilidad de su realización (Wagner 1985: 39). La importancia que adquieren los jardines a finales del *Ancien Régime* traduce el reflejo de defensa de una clase virtualmente condenada que prefiere ignorar su situación y que

se forja un refugio maravilloso donde pueda seguir soñando con la felicidad y la virtud propias mientras que a su alrededor la revolución se hace oír, tanto en las campañas como en las calles. Sin saberlo, Delille canta, en su alabanza de los nuevos jardines franceses a la moda inglesa, el canto de cisne de la monarquía de derecho divino (Guitton 1976: 342).

Aunque hay una línea importante de la crítica literaria que ve en la poesía de Bello un momento idílico, no creo que pueda pensarse que la ideología de la aristocracia francesa de 1780 que Delille representa y articula, pudiera interesar seriamente a Bello; a menos que leamos a Bello desde una perspectiva dicotómica simplificada. Por otra parte, importa remarcar que el jardín inglés se convierte en moda francesa en momentos en que la discusión ilustrada se interesa por temas de economía, política y técnica agrarias (Wagner 1985: 76): para los fisiócratas –Quesnay (1694-1774), Turgot (1727-1781)– la riqueza de una nación reside en el inagotable potencial productivo de la agricultura, por lo tanto los campesinos por un lado y los terratenientes por otro son los grupos sociales claves, mientras que los artesanos y comerciantes son considerados una clase estéril que se nutre de las otras dos. Delille sostiene en su prólogo a *Les Jardins* que los jardines son “le luxe de l’agriculture” (Delille 1824: 6). Es aquí, en todo caso, donde podría tenderse una línea entre el poema de Delille y el interés de Bello por él.

Si la alabanza e idealización de la naturaleza aparecía en los románticos ingleses como una reacción a la Revolución Industrial y en la poesía francesa de fines del siglo XVIII como una huida aristocrática frente a los problemas sociales que desembocarían en la Revolución Francesa (y esto vale también para los primeros románticos posrevolucionarios como Chateaubriand), en el caso de Bello su alabanza del campo es parte de un programa político vinculado con la construcción de las nuevas repúblicas, para las que Bello veía –como observa Durán Luzio (1999)– dos alternativas: o bien dependerían de las ciudades, que habían sido los focos de la guerra de independencia, o bien del campo como potencial fuente de riqueza en el marco de la división internacional del trabajo que imponía la Revolución Industrial. Bello considera que en América la riqueza está en el campo y que en el campo está el futuro de las nuevas naciones. Si para los europeos en ese tiempo la naturaleza se connota como refugio, retiro, idilio etc.

para Bello –leído ahora en el contexto de las ideas europeas con las que está en contacto en sus años londinenses, cuando escribe sus conocidos poemas– se connota como lugar de realización de una utopía política y social. En la traducción de Bello, el jardín aristocrático de Delille, la naturaleza transformada por el arte en un sentido ‘natural’, se lee en clave de campo como fuente de riqueza del individuo y de los nuevos Estados hispanoamericanos.

No sólo la lengua, sino todo el contexto de la cultura a la que se traduce funciona como máquina de traducción: Delille escribe en vísperas de la Revolución Francesa, y antes de que la Revolución Industrial sea un hecho, pero Bello lo traduce después de la Revolución Francesa y en medio de la Revolución Industrial, como él la ve cundir desde Londres, que es su centro. Bello escribe animado por la nueva idea de progreso que pone a la naturaleza al servicio del mejoramiento de las condiciones vitales del ciudadano común (Durán Luzio 1999: 71). Para Durán Luzio el énfasis de Bello en la educación agrícola implica un rechazo a la Europa monárquica y sus formas de vida en las cortes virreinales de América, una propuesta a “substituir con éxito la noción de nacionalidad que se había fundado en las armas” (66) y –sobre el trasfondo de las transformaciones de la sociedad inglesa bajo la Revolución Industrial– la “única alternativa racional para que Hispanoamérica erigiera una presencia distinta a la industrial de Europa” (80). Bello sabe que la construcción del Estado requiere un respaldo económico, y ve en la agricultura (y no en la minería) el recurso adecuado para garantizarlo (77).

Bello no hace de la naturaleza un tema opuesto sino complementario al de la civilización, y por eso su aliento no es idílico sino utópico. En otras palabras: Bello traduce en clave utópica para el lector americano el poema que Delille compuso en clave idílica.¹³

La traducción de la primera parte del canto I de *Les Jardins* (cuya segunda parte, también traducida por Bello, posiblemente estuviera prevista para el siguiente número del *Repertorio*, que nunca apareció) puede ser leída como parte de la serie inaugurada por la “Alocución” y continuada en la “Silva”: la puesta en literatura de la espacialidad americana y su programa de desarrollo.

¹³ Para la diferencia entre idilio y utopía ver Wagner (1985).

En lo que sigue, se trata de analizar a partir de algunos ejemplos concretos el funcionamiento de la traducción.

Delille propone en los versos iniciales abandonar los temas épicos de la guerra para cantar la naturaleza:

Qu'un autre ouvre aux grands noms les fastes de la gloire,
Sur son char foudroyant qu'il place la victoire;
Que la coupe d'Atrée ensanglante ses mains:
Flore a souri; ma voix va chanter les jardins (1824: 31).

Una propuesta similar había sido enunciada por Bello en la "Alocución", aunque por supuesto en un contexto completamente diferente, porque (como en el caso de Pierre Menard y Cervantes) lo que en Delille es escapismo respecto del tema político, en Bello tiene una dimensión claramente política. El texto de Delille adquiere otras connotaciones cuando la traducción de Bello lo coloca fuera de lugar; escritos para un público lector americano después de la batalla de Ayacucho, que puso fin a las guerras de la independencia, estos versos se leen de otro modo y adquieren otro sentido:

[...] Cante otro las batallas,
I abra al valor los fastos de la gloria:
Pinte el fulmíneo carro de Mavorte,
O ensangriete sus manos con la copa
Del fratricida Atreo; los jardines
Prefiero yo, las dádivas de Flora (1827: 1).

Algunas de las libertades que se toma Bello respecto del original tienen que ver con este desplazamiento. Por ejemplo en los versos dedicados a los jardines ingleses de Inglaterra, Delille apostrofa a la floreciente Albion, cuyas manos pusieron en libertad a los jardines y las ciudades:

Enfin, je viens à toi, florissante Albion,
Au bel art des jardins instruite par Bacon;
De Pope, de Milton, les chants le secondèrent;
A leurs voix, des vieux parcs les terrasses tombèrent,
Le niveau fut brisé, tout fut libre; et tes mains
Ont, comme tes cités, affranchi tes jardins.
Un goût plus pur orna, dessina les bocages (1824: 41).

En traducción de Bello:

Mas ya, Inglaterra, a tus orillas vuelo:
A quien Bacon, a quien los dulces cantos
De Milton y de Pope el no sabido

Arte de los jardines enseñaron.
 Cayeron a su voz los terraplenes//
 De viejos parques: del nivel esclavos
 No fueron ya mas tiempo los jardines:
 Que como al pueblo, hiziste libre al campo,
 I con la libertad un nuevo estilo
 Aparezió en tus bosques i en tus prados (1827: 6-7).

Bello traduce “cités” como “pueblo”; la connotación implícita en “af-franchir” (liberar) se vuelve explícita en Bello: “del nivel esclavos/ no fueron ya más tiempo los jardines”; Bello acentúa mediante una acumulación de lexemas la dimensión política de esos versos y convierte así esta parte de su traducción en una alabanza a las libertades inglesas. Y donde Delille escribe que, como consecuencia de la liberación de las convenciones en el arte de los jardines “Un goût plus pur orna, dessina les bocages”, Bello traduce: “I con la *libertad* un nuevo estilo/ Aparezió en tus bosques i en tus prados”. No se trata ya de que un gusto más puro adorne y diseñe los boscajes, las pequeñas arboledas de los jardines, sino más bien de que la libertad hace posible la aparición de un nuevo estilo (también esto puede leerse en clave americana) en bosques y prados – “bosques” no son “bocages”,¹⁴ el diseño, la miniatura desaparecen en la traducción de Bello.

Es interesante ver cómo Bello traduce los términos paisajísticos de Delille. Ya en el tercer verso aparece el lexema “selva”, que no tiene equivalente en el original y no remite, para un lector americano, al recinto de un jardín:

Le doux printemps revient et ranime à-la-fois
 Les oiseaux, les zéphyr, et les fleurs, et ma voix.
 Pour quel sujet nouveau dois-je montrer ma lyre?
 (Delille 1824: 31).

Ya de la primavera el blando aliento
 A rejuvenecer el mundo torna,
 Trayendo alegre música a la selva,
 Flores al campo i a Favonio aromas
 ¿A qué nuevo cantar templo la lira?
 (Bello 1827: 1).

Pájaros, céfiro, flores y la voz del yo lírico coinciden en el texto de Delille en un mismo espacio: el del verso y el de los jardines. Pero

¹⁴ El término “boscajes” aparece en la traducción de Bello solamente dos veces, frente a las cinco del original “bocages”.

Bello, que respeta el topos de la primavera y al mismo tiempo cita la “siempre lozana primavera” en las orillas del Cauca, de la “Alocución”, distingue entre la “selva” y el “campo”, y por cierto que ninguno de estos dos lexemas remite en el comienzo del poema, para un lector americano, al jardín de Delille.¹⁵

Otro ejemplo: “Que dans vos *frais sentiers* doucement on s’égare!” en Delille deviene en la traducción de Bello: “cuan dulzemente/ me pierdo en vuestros *verdes laberintos!*”: Los senderos se convierten en laberintos – y remiten como un eco nuevamente a la “Alocución”, donde las “Selvas eternas” son apostrofadas con sus “verdes laberintos”.

Otro elemento que a Bello le interesa en Delille, y que lo distingue claramente de los románticos ingleses, de Wordsworth, de quien sin embargo es contemporáneo, tiene que ver con la intención de *Les Jardins*, porque Delille no propone cantar la naturaleza intacta, sino la naturaleza transformada por el arte, por la mano del hombre:

Je dirai comment l’art embellit les ombrages,
L’eau, les fleurs, les gazons, et les rochers sauvages;
Des sites, des aspects sait choisir la beauté,
Donne aux scènes la vie et la variété:
Enfin l’adroit ciseau, la noble architecture,
Des chefs-d’œuvre de l’art vont parer la nature
(Delille 1824: 31).

Yo diré cómo el arte gracias nuevas
Da al césped, a la flor, la áspera roca,
El parleró cristal, i en la animada
Tabla del suelo luzes mezcla i sombras
Sabe sitio elejir, i perspectiva;
Uno el designio i varia haze la forma;
Llama al hábil cincel, llama a la noble
Arquitectura, i con sus bellas obras
Decora la mansión del hombre, i haze
A la naturaleza mas hermosa
(Bello 1827: 1-2).

Para Bello, la naturaleza de la zona tórrida debe ser transformada por el “arte humana” de la agricultura, como observa en la “Silva”; por

¹⁵ La fórmula de Delille “les masses de l’ombre” es traducida por Bello como “las sombras de la selva”; “selva” aparece una vez como traducción de “forêt” (en rigor ‘bosque’, si no va acompañado de ‘vièrge’) y otra vez como traducción de “bocage”.

eso le interesa el poema de Delille. Bello inscribe en la traducción la idea de una naturaleza rescatada del olvido en que las guerras de independencia la tuvieron, y puesta a funcionar en un programa de construcción de las nuevas naciones hispanoamericanas. La traducción de Delille pone en escena el programa que Bello había enunciado en la “Silva”:

Del obstruido estanque y del molino
recuerden ya las aguas el camino:
El intrincado bosque el hacha rompa,
consume el fuego: abrid en luengas calles
La oscuridad de su infructuosa pompa (1826: 14).

Sin embargo en la perspectiva de Bello dicho programa adquiere un sesgo político que diverge radicalmente del de *Les Jardins* de Delille.

5. Usos hispanoamericanos de las teorías poscolonialistas de la traducción

La crítica se ha puesto de acuerdo en que las traducciones literarias de Bello son siempre recreaciones en las que el traductor asume, respecto del original, una libertad remarcable. Por ese motivo con frecuencia su autor las denomina “imitaciones”. La traducción de *Les Jardins* confirma esta apreciación.

En el marco de la tradición humanística que le ha dado a la traducción literaria su estatuto, se suele considerar a la traducción como una transferencia lingüística de un texto A, una autoridad que ha de ser respetada (o que no puede ser respetada, aunque debiera), a un texto B que debe mantener la mayor fidelidad posible respecto de A (fidelidad a la letra o al sentido, según las teorías), si bien cabe observar que cada época, cada ámbito cultural tiene su propia idea de lo que es la fidelidad al original. La actividad de traducir es vista en este caso como una especie de prestación de servicio al original, lo que responde a una concepción tradicional de la traducción, basada en una teoría representacional del lenguaje, que en la práctica y en parte también en la teoría todavía tiene vigencia. Según esta concepción, la traducción estaría basada en una especie de mimesis que borra la materialidad del lenguaje, concebido como un mero transmisor de un sentido esencial. Así, pienso, lee Rodríguez Monegal la traducción de Bello, por ejem-

plo cuando sostiene que Bello se atuvo al original al traducir los versos dedicados a los jardines de Inglaterra.

Pero también podemos pensar la traducción como una práctica de desplazamiento constitutiva a la emergencia de nuevos paradigmas culturales, más que como mera repetición –mejor o peor lograda, pero siempre inferior– de paradigmas culturales previos; podemos leer el texto traducido como un ‘texto de contacto’ –en analogía con las “zonas de contacto”– es decir como el lugar de una negociación intercultural, como espacio textual de una copresencia lingüística, en el que se alcanza un grado máximo de dialoguicidad interna. La traducción sería entonces algo así como una “polifonía pluricultural” (Pires Vieira 1997: 109), en la que las distintas voces nunca están a un mismo nivel, nunca son equivalentes, sino que están vinculadas por relaciones de poder en sus diversas variantes.

Para el caso de América Latina como espacio de traducciones, las teorías poscoloniales, con sus conceptos de “entrelugar”, “hibrididad cultural” (Bhabha), “teorías viajeras” (Clifford) podría ofrecer un marco teórico fructífero para una reconsideración actualizada de las relaciones de traducción, tanto en el sentido amplio de traducción cultural como en el sentido estricto de traducción literaria, sobre todo en situaciones coloniales y contextos poscoloniales, pero sin descuidar la bidireccionalidad, la interrelación cultural, es decir el modo en que América Latina ha traducido y traduce, y el modo en que ha sido y sigue siendo traducida.

Bibliografía

- Albers, Irene/Pagni, Andrea/Winter, Ulrich (eds.) (2002): *Blicke auf Afrika nach 1900. Französische Moderne im Zeitalter des Kolonialismus*. Tübingen: Stauffenburg.
- Bachmann-Medick, Doris (ed.) (1997): *Übersetzung als Repräsentation fremder Kulturen*. Berlin: Erich Schmidt Verlag.
- Bassnett, Susan/Trivedi, Harish (eds.) (1999): *Postcolonial Translation. Theory and Practice*. London/New York: Routledge.
- Bazin, Germain (1999): *DuMont's Geschichte der Gartenbaukunst*. Frechen: Komet.
- Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*. Vol. I-II (1823). Caracas: Edición de la Presidencia de la República, 1972.
- Bello y Londres. Segundo Congreso del Bicentenario* (1980). 2 tomos. Caracas: Fundación La Casa de Bello.

- Castillo Didier, Miguel (1996): *Miranda y la senda de Andres Bello*. 2ª ed. corregida y aumentada. Caracas: Ed. La Casa de Bello.
- Clifford, James (1997): *Routes. Travel and Translation in the Late Twentieth Century*. Cambridge (MA)/London: Harvard University Press.
- De Certeau, Michel (1980): *L'invention du quotidien. I. Arts de faire*. Paris: Union Générale d'Éditions.
- Delille, Jacques (1824): *Œuvres*. Tome VII: *Les Jardins*. Paris: L. G. Michaud, Libraire-Éditeur.
- Dingwaney, Anuradha/Maier, Carol (eds.) (1995): *Between Languages and Cultures: Translation and Cross-Cultural Texts*. Pittsburgh (PA): University of Pittsburgh Press.
- Dol, Francine (1978): "Andrés Bello, traductor de poesía francesa". En: *Materiales para la historia de la interrogación en la gramática castellana*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, pp. 30-82.
- Durán Luzio, Juan (1999): *Siete ensayos sobre Andrés Bello, el escritor*. Barcelona/Buenos Aires/México/Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- El Repertorio Americano* I-IV (1826-1827). 2 volúmenes. Caracas: Edición de la Presidencia de la República, 1973.
- Fox, Celina (1992): "Einleitung – Führer durch die Metropole London". En: *Metropole London. Macht und Glanz einer Weltstadt*. Kulturstiftung Ruhr (ed.), Essen. Recklinghausen: Bongers, pp. 11-20.
- Grases, Pedro (1962): *Tiempo de Bello en Londres y otros ensayos*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación.
- Guitton, Édouard (1976): *Jacques Delille (1738-1813) et le poème de la nature en France de 1750 à 1820*. Lille: Service de Reproduction de Thèses, Université de Lille III.
- Llorens, Vicente (1979): *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*. Valencia: Editorial Castalia.
- Miller, Edward (1973): *That Noble Cabinet. A History of the British Museum*. London: André Deutsch.
- Niranjana, Tejaswini (1992): *Siting Translation. History, Post-Structuralism, and the Colonial Context*. Berkeley (CA)/Los Angeles (CA)/Oxford: University of California Press.
- Ortiz, Fernando (1940): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Prólogo de Bronislaw Malinowski. Barcelona: Editorial Ariel 1973.
- Pagni, Andrea (2001): "Traducción y transculturación en el siglo XIX: Atala de Chateaubriand por Simón Rodríguez (1801) y el Cancionero de Heine por José A. Pérez Bonalde (1885)". En: *Iberoamericana*, 78/79, pp. 88-103.
- Paz Castillo, Fernando (1981): "Introducción a la poesía de Bello". En: Andrés Bello: *Obras completas. Poesías*. Prólogo de Fernando Paz Castillo. Caracas: La Casa de Bello, pp. XXXVII-CXXXI.
- Pires Vieira, Elsa Ribeiro (1997): "Eine postmoderne Übersetzungstheorie". En: Wolf, Michaela (ed.): *Übersetzungswissenschaft in Brasilien. Beiträge zum Status von „Original“ und Übersetzung*. Tübingen: Stauffenburg, pp. 103-116.

- Pratt, Mary Louise (1992): *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London: Routledge.
- Rama, Ángel (1982): *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Richards, Edward (1993): *The Imperial Archive. Knowledge and the Fantasy of Empire*. London: Routledge.
- Rodríguez Monegal, Emir (1969): *El otro Andrés Bello*. Caracas. Monte Ávila.
- Said, Edward (1993): *Culture and Imperialism*. New York: Alfred A. Knopf.
- Schwarz, Roberto (1973): "Misplaced Ideas". En: *Misplaced Ideas. Essays on Brazilian Culture*. Gledson, John (ed.). London: Verso, pp. 19-32.
- Spell, Jefferson Rea (1969): *Rousseau in the Spanish World Before 1833. A Study in Franco-Spanish Literary Relations*. New York: Octagon Books.
- Wagner, Birgit (1985): *Gärten und Utopien. Natur- und Glücksvorstellungen in der französischen Spätaufklärung*. Wien: H. Böhlau Nachfolger.
- Williams, Raymond (1993 [1973]): *The Country and the City*. London: The Hogarth Press.